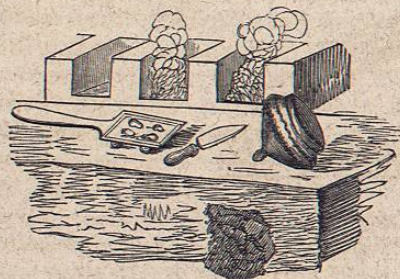
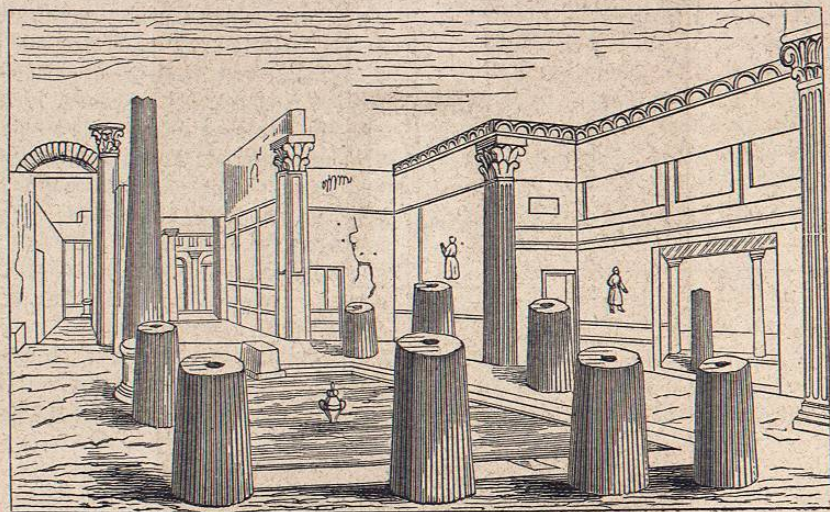


con lo cual se explican los siguientes versos de Virgilio :

Parietibus longis fugit, et vacua atria lustrat....
Apparet domus intus, et atria longa patescunt.



Las columnas del peristilo eran en número de diez y seis pseudo-corintias, y estriadas desde un tercio de su altura en adelante; la parte lisa



via de la Fortuna, se viene en conocimiento de que las puertas de la calle se cerraban con barrotes de hierro y vigas, y de que en los atrios había arcas de madera para guardar el dinero u otros objetos. El arca que se encontró allí tenía un hermoso revestimiento de hierro y bronce con muchos adornos y tres bajos relieves de argumento báquico. La casa de Diomedes, descubierta allí mismo, hallándose situada fuera de la ciudad, tenía diferente figura, era mas ancha, y comprendía grandes subterráneos. En suma, la variedad de las casas es excesiva, sin que encontremos en ellas ningún punto de contacto con lo que sabíamos acerca de las griegas.

La puerta se componía del umbral, de la cornisa y de las jambas. El umbral se miraba con respeto supersticioso, considerándose desgraciado al que tropieza en él; por lo cual se ponían allí palabras de feliz augurio ó papagayos que las repetiesen. Sobre la puerta se coloca-

estaba pintada de amarillo, y el resto era de estuco reluciente.

Parece demostrado que entre las columnas, debajo de la *traebacion*, se colgaban aquellos discos de mármol, con figuras por ambas partes, y que abundan en los museos, mal llamados *clipeos votivos*.

En la cocina hay una hornilla semejante á las modernas (véase la anterior figura) y una pintura que representa el culto de los lares. Á estos solía reservarse una pequeña capilla, donde se hacían los sacrificios. Á continuacion transcribimos el peristilo de la casa llamada del Cuestor.

Las paredes eran de estuco reluciente, y con pinturas; presentamos una muestra en la página siguiente.

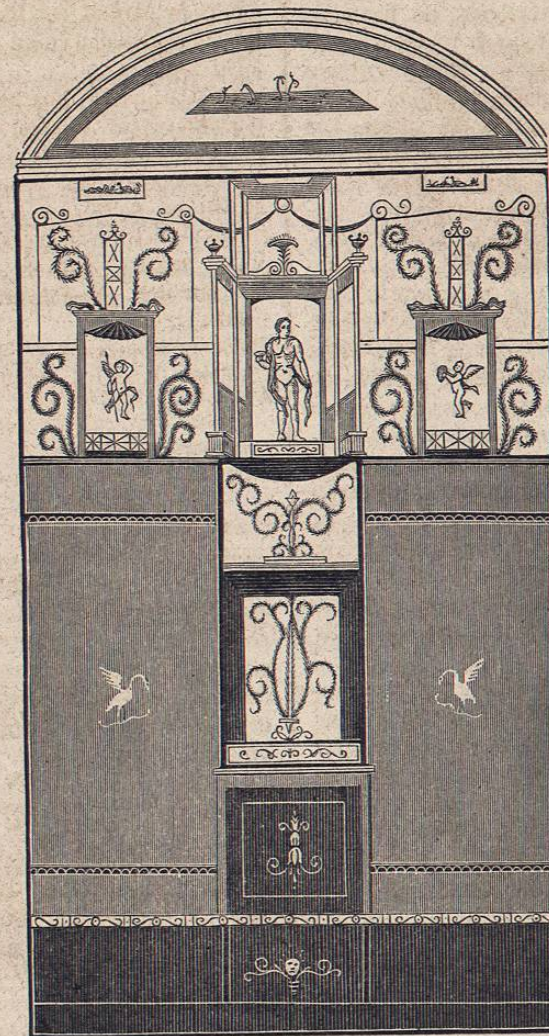
Por la inspeccion de la casa llamada de los Capiteles figurados, descubierta en 1833 en la

ban adornos y señales alusivas al oficio que allí



se ejercía, ó inscripciones. Las hojas eran á veces de mármol ó de bronce, con botones, masca-

rones y otros adornos. Véanse en la página anterior algunos que están en el museo de Nápoles.



Las impostas del templo de Isis en Pompeya habían perecido como las demás; pero su señal quedó estampada en la tierra, de donde se recogió el dibujo que ha servido para aclarar lo que Vitruvio dice de los *antepagmenta*.

En ocasiones de nupcias y de alguna solemnidad, se adornaban las puertas con flores y festones, los amantes colgaban allí flores, y los cipreses indicaban la muerte. Á no ser las puertas de los tribunales, todas estaban cerradas, y no se acostumbraba entrar sin llamar antes: en las casas ricas había porteros encadenados como nuestros perros, á los que se avisaba dando golpes ó tirando de la campanilla.

Observa Dionisio de Halicarnaso en los *fragmentos* de Maj, que los Griegos consideraban la puerta de la casa como una barrera que no debía nunca ser traspasada, detras de la cual era enteramente libre la vida del ciudadano; al

paso que entre los Romanos penetraba tambien en las casas la mirada vigilante del censor.

Mueller, Wallis, Wachsmuth, Lalande, Boucher, Belliard, Pelletier, Serlio y otros han escrito acerca de los adornos de las puertas.

Las casas tenían, además de la principal, alguna puerta trasera (*portica*) que daba á las *angiporta* ó callejuelas, á veces sin salida (*non pervia*). Por estas puertas se evadían los dueños de las visitas enojosas. (*Portica falle clientem*, HORACIO.) Rara vez se encontraban escaleras, y estas de piedra ó de madera, como hoy, fijas en la pared y por lo comun oscuras; de aquí la frecuente frase de esconderse *in scalis* ó *in scallarum tenebris*. (Cic. *pro Milone* 15. *Philip.* II. 9, HORACIO Ep. II, 2, 15.)

La casa antigua, en general, no tiene ningun-

na ventana, ó estas son muy escasas, pequeñas y altas. En Pompeya hay algunas que mas bien merecerian llamarse troneras, cerradas con espejuelo, ó con vidrios muy gruesos y no transparentes. Dice Séneca que en su tiempo se hallaron vidrios para ventanas. En Pompeya se halló tambien un bastidor de ventana, hecho de bronce, con estrias para recibir y sostener planchas que debian ser de 0.54 sobre 0.72, y tener unos 5 ó 6 milímetros de espesor. Los fragmentos descubiertos son de un color verdoso, como los vidrios ordinarios del siglo pasado, y de la misma composicion, pues tienen 69.43 de sílex, 7.23 de cal, 17.31 de sosa, y 3.55 de alúmina. Segun parece, no los hicieron soplando con la boca ó con cilindros, sino echando la materia derretida en un bastidor de metal, y extendiéndolo con una paleta hasta tanto que estuviera lleno todo el espacio, de donde resulta que su espesor no es la misma en todas partes, y á veces escasea en las orillas.

Es evidente que se cerraban con impostas dobles, pues Ovidio dice: *Amor*, I, 3: Plinio habla de una puerta vidriera que habia en su quinta para separar y reunir dos habitaciones. *Pars ad aperta fuit, pars altera clausa fenestraz*. Vopisco, en *Firmo*, dice que Firmo, comerciante de Scleucia, era tan sumamente rico que tenia vidrios en las ventanas.

Las partes interiores de una casa se comunicaban todas entre sí, mediante el patio, cuyas habitaciones recibian luz por medio de las puertas; frecuentemente los aposentos estaban divididos tan solo por travesaños ó cortinas.

En cuanto á las chimeneas, sin recurrir á Manucio en los *Comentarios* á las epístolas de Ciceron, á Filandro sobre Vitruvio, VII, 3, á Burmann sobre Petronio, *Satyr.* 135, que lo niegan, y á Ferrario *Electorum*, lib. I, c. 9, que lo asegura, puede verse una disertacion de Escipion Maffei en la coleccion de opúsculos de Calogerá, tom. XLVII, pág. 449, donde sostiene que los antiguos no tenian chimeneas como las nuestras. Sin embargo, en Aristófanes (*Las avisas* I, 2) se habla de un cañon de chimenea en el cual podia estar escondido un hombre; Suetonio en *Vitelio* dice que, en una comida dada por este, la sala ardió á consecuencia de haberse prendido fuego á la chimenea (*flagrante triclinio ex conceptu camini*).

En un principio el fuego estaba en el atrio, donde se cocian y comian los alimentos, y en derredor de aquel se reunian los muchos esclavos. Despues se tuvo en el atrio un hogar ó brasero para quemar incienso á los lares. Á veces se calentaban las habitaciones con tubos encerrados en las paredes ó debajo del pavimento. Para buscar el fresco y dormir la siesta, habia aposentos subterráneos, que en los palacios eran de bastante extension, con muchos corredores y con pinturas al fresco y adornos de estuco, que por esto precisamente se llamaron *grotescos*.

En las bibliotecas se colocaban las estatuas

de los autores, hechas de oro, plata ó bronce. *Ex auro argentove, aut certe ex are in bibliotheca dicantur illi, quorum immortales animae in iisdem oculis ibi loquuntur*. Plinio.

Solo las personas muy ricas podian habitar una isla entera, máxime desde que el creciente lujo de las fábricas encareció los terrenos. Muchos, pues, alquilaban las casas, y Marcial habitaba en un piso tercero (*Scalis habito tribus sed altis*. Ep. V, 22); Sila, cuando aun no habia llegado á ser célebre, pagaba 600 francos al año de alquiler; pero Ciceron habla hasta de 30,000 sextercios ó 6,000 francos por un piso.

MAZOIS, *Essai sur les habitations des anciens Romains*. — *Le palais de Scaurus*. — *Les ruines de Pompei*.

BECHER, *Gallus, ó Escenas romanas del tiempo de Augusto*.

SCHNEIDER, *ad Vitruvium*, y los demas comentadores de este autor, que dedica todo el libro VI á las casas particulares.

GELL, *Pompeyana*.

Se encuentra el dibujo de una casa egipcia en el núm. 68 de la obra de Rosellini, con la puerta semejante á la de un templo antiguo; en el piso superior hay ventanas de doble imposta, á las que conduce una escalera, y sobre ellas se ve una galería abierta, sostenida por columnas. En el Museo Británico se conserva el modelo de una casa egipcia, ó acaso de un granero.

§ 81. QUINTAS.

Las casas de campo se distinguian en *villa rústica* y *villa urbana*. Las primeras servian para habitar el campesino, y las otras eran quintas de recreo, contándose algunas magníficas. Principalmente en Baya, toda la costa estaba llena de quintas, adonde los Romanos no tanto iban á buscar la salud por medio de las aguas termales, cargadas de nitrógeno, sal y betún, cuanto por proporcionarse la comodidad y el fausto de la disolucion, resumiéndose allí todo lo que parecia vicioso en una ciudad viciósima. Bastaba, se decia, que una mujer honesta respirase aquel aire, para que perdiese todo sentimiento de pudor y de virtud.

Varron, Vitruvio y Columela describen las quintas rústicas, con las ordinarias comodidades campestres de establos, lagares, graneros, *bulbilia* para los bueyes, *equilia* para los caballos, *apothecæ* donde fermentaba el vino, *torcularia* para el vino y el aceite, que despues se colocaban en las *cellæ oleariæ* y *vinariæ*, el granero (*horreum*), la *oporothea*, para conservar los frutos, etc. La quinta urbana se parecia en la disposicion á las casas de las ciudades, con jardines y pórticos cerrados por impostas, y donde despues el lujo llegó al último grado.

Varron reprende á sus compatriotas la imitacion continua de los Griegos: « Los elegantes y los filo-helénicos no crecian poseer una

quinta si no pudiesen mostrar en ella muchas cosas construidas ó nombradas al estilo griego; un *proczeton* (antecámara), una *palæstra*, un *apodyterium* (vestuario), un *peristilo*, un *ornithon* (pajarera) para aves acuáticas que ellos llamaban *amphibii*. » Lúculo tenia una *pinacotheca*; Hortensio llamó *theratropheion* á un bosque de cincuenta yugadas, en medio del cual habia colocado en una especie de terraplen un comedor. (*De re rustica*, II.) El mismo Lúculo en su casa de Baya hizo una galería que iba desde el mar al estanque, de manera que el agua de este se renovaba dos veces al dia por la marea. Pero Hortensio, de gusto mas refinado, tenia estanques donde cada pez costaba tanto como un caballo de carrera; bajo ningún pretexto se servian á la mesa; se les alimentaba con otros peces menudos, pescados ex profeso, y cuando estaban enfermos, se les curaba al par de los esclavos.

En 1752 se desenterró en Herculano una hermosa casa de campo, cuyo jardin se extendia hasta el mar y estaba adornado por un estanque de peces que terminaba en semicírculo á las dos extremidades. En derredor de él se veían compartimientos á modo de cuadros, y todo estaba circuido de columnas de ladrillos con una capa de yeso, sobre las cuales se apoyaban vigas, que introducian el otro extremo en la pared, formando así en torno del estanque un emparrado, bajo el cual habia divisiones, ora triangulares, ora en semicírculo, para lavar y para bañarse. Entre las columnas se veían bustos de mármol y estatuas femeniles de bronce; y una pequeña canal de agua lamia la pared en derredor. Contigua estaba la habitacion donde se encontraron los famosos papiros. Las seis bailarinas, el Jauno durmiendo, el Mercurio, seis bustos que se supone representan á los Tolomeos, otros de Platon, Arquita, Safo, Demócrito, Escipion Africano, Sila, Lépido, Cayo y Lucio César, Augusto, Livia, Claudio Marcelo, Agripina menor, Calígula, Séneca, dos de personajes desconocidos, dos gamos, varias figuras pequeñas, el famoso Aristides, el Homero, la Minerva etrusca, dos bustos del Baco indio, la pretendida estatua de Sila, el grupo del Sátiro con la cabra, todos de mármol, y hoy gloria del Museo Borbónico, se encontraron en este jardin, que pertenecia sin embargo á un particular, dedicado á estudios filosóficos.

PLINIO, *Descripcion del Laurentino*, con las notas de Gierig.

ROB. CASTELL, *The villas of the ancients illustr.*, Londres, 1728.

COLUMELA y VARRON, con las notas de Schneider.

Insertamos la descripcion que de su propia quinta de Laurentino da Plinio el joven: — « Tú extrañas que tanto me guste mi quinta de Laurentino, ó si prefieres, de Laurento. Pero facilmente se pasará tu extrañeza, así que sepas lo grata que es esta morada, lo aventajada que es su situacion, lo anchas que son sus

orillas. Está á una distancia de diez y siete millas de Roma, por manera que puedo ir á ella cuando he concluido mis negocios, y sin necesidad de perder todo el dia. Dos grandes caminos me llevan á ella, el de Laurentino el de Ostia. Si tomo el primero, tengo que jarlo á las catorce millas, y si tomo el segundo, á las once. Y tanto uno como otro vienen parar en otro, cuyas arenas vuelven el muy incómodo y largo para los carruajes; pero cuando se va montado, es mas apacible y corto. Tiene un golpe de vista cuya variedad no disgusta, pues unas veces el camino se encierra en espesos bosques, y otras se dilata en vastos prados, y allí tengo el gusto de ver manadas de ganados, bueyes y caballos, que engordan en aquellos pastos, y gozan el beneficio de la primavera, en cuanto esta ha rechazado el invierno de las montañas.

» La quinta es muy cómoda, sin ser magnífica; su entrada, sin ser de lujo, es bonita. Desde luego se da con un pórtico redondo, que encierra un pequeño patio muy alegre, que sirve de abrigo muy gustoso, cuando está malo el tiempo; pues estando todo cerrado de vidrieras y rodeado de un ancho canal de tejado, defiende admirablemente de la lluvia y la tempestad. De aquel pórtico se pasa á un gran patio muy delicioso, y luego á un hermosísimo comedor, que mira al mar, cuyas olas, por poco que sople el viento sudoeste, vienen á estrellarse al pié de las paredes. Todas las puertas y ventanas de aquel comedor tienen dos hojas y la misma altura; por manera que á derecha, á izquierda y de frente puedo considerar como tres mares reunidos en uno solo. Por la parte opuesta puede el ojo recrearse con la vista del patio, del pórtico y del pequeño patio, y otra vez del pórtico, y luego de la entrada, prescindiendo de los bosques y montañas que se descubren en lontananza. Al lado izquierdo del comedor hay un gran cuarto, que no tiene mucha vista en el mar, por el cual se entra en otro pequeño, que tiene dos ventanas, de las cuales una recibe los primeros rayos del sol al nacer, y la otra sus últimos al ponerse. De este cuartito se ve tambien el mar, pero un poco mas léjitos, y de un modo sumamente agradable á la vista. El ángulo que forma lo restante del comedor y la pared del cuarto no parece sino que está hecho expresamente para recoger, conservar y reunir los ardores del sol. Por esto sirve de refugio á toda mi familia contra el rigor del invierno, y en aquella esquinita es donde por lo comun hacen sus ejercicios. Allí no se conocen mas vientos que los que nos ocasionan ciertas nubes, los cuales no perturban el aire placentero que allí se respira, si bien impiden la serenidad del cielo.

» Detras se halla un cuarto redondo, situado de tal modo que los rayos del sol penetran en él á todas las horas del dia. Se hizo en la pared un armario en forma de biblioteca, que he te-

nido el cuidado de ir guarneciendo de aquellos libros que no puede uno cansarse de leer y volver a leer. De allí pasando por un pequeño corredor que, por estar cubierto con planchas delgadas, deja entrar por todas partes el calor del sol, se va a los cuartos de descanso. Lo que queda de aquel ángulo está ocupado por esclavos u otras familias: y sin embargo, con tanta limpieza está cuidado aquel aposento que bien podrían habitarlo los amos. En la otra ala hay un aposento muy bien arreglado, y luego otro aposentito o pequeño comedor, que el sol y el mar parecen querer a porfía hacer cómodo y agradable. Por allí se pasa a un aposento unido a una antecámara, que tan fresco es en verano con su elevación como caliente en invierno por estar al abrigo de todos los vientos. Junto a este se halla otro con su antecámara: de allí se entra en la sala de baños, donde hay una arca de agua fría; esta sala es grande y espaciosa. En la pared opuesta hay dos pilones tan anchos y hondos que en caso necesario puede uno nadar en ellos. Luego viene una estufa para perfumarse, y después una chimenea para el baño. Por el mismo piso se pasa a dos salas, amuebladas con más gracia que magnificencia, y después a otro baño templado, desde el cual con facilidad puede uno ver el mar.

» A poca distancia hay un juego de bocha, situado de tal modo que en verano solo entra el sol al ponerse, cuando ha perdido ya su actividad. En un lado se levanta una torre, a cuyo pie hay dos gabinetes, y otros dos encima; y por fin, una azotea donde se puede comer, y donde la vista alcanza un gran país, un gran mar, y todos los pueblos del alrededor. En el otro lado hay otra torre, en la cual se halla un aposento con sus ventanas que miran a Oriente y a Occidente. Detrás hay una guardaropa muy espaciosa, y luego un granero, bajo del cual hay un comedor, donde se oye de lejos el murmullo y ruido del mar cuando está revuelto. Este comedor da en el jardín y en la pequeña alameda que descolla todo lo que hay al rededor. Aquella pequeña alameda está adornada de boj por ambas partes, y cuando falta, se le suple con romarino; porque en los lugares donde el techo de la casa cubre el boj, este conserva fácilmente todo su verdor; pero en los lugares descubiertos y expuestos al aire, el agua del mar lo seca, por más que no esté muy cerca de la orilla. Entre la alameda y el jardín hay una viña recién plantada, por la cual se podría andar descalzo sin la menor incomodidad. El jardín es muy abundante en higos y moras, a los cuales el terreno es tan propicio como contrario a los demás árboles; cerquita hay otro comedor, que disfruta de aquella hermosa vista, que de seguro no la cede a la del mar que está más lejos.

» Detrás de este comedor hay dos aposentos, y desde sus ventanas se ve la entrada de la casa, y un huecillo muy abundante en legum-

bres para uso de la cocina. De allí se entra en un pórtico con bóveda, que por su desmedido grandor podría tomarse por una obra pública. Tiene muchas grandes ventanas, que miran al mar, y algunas menos que miran al jardín, y en la bóveda del mismo pórtico hay algunos equinos. Cuando el tiempo es bonancible y sereno, se abren todas estas ventanas; pero si sopla el aire por alguna parte, entonces se abren las ventanas del lado opuesto. Enfrente de este pórtico se extiende una parte del jardín que derrama suavísimas fragancias de violetas. La reverberación del sol, que despide el pórtico, calienta la tierra, y al mismo tiempo la defiende contra la tramontana, y de este modo por una parte se conserva el calor, y por otra no se pierde el fresco. Por fin, este pórtico protege también contra el viento de Mediodía, por manera que por varios lados ofrece un abrigo contra los varios vientos. Antes de medio día se puede dar un paseo por la sombra de aquel pórtico, y por la tarde en las alamedas y otros puntos del jardín que están más cerca de esta sombra; pero se la ve crecer o disminuir según que los días se van poniendo más largos o más cortos, además el pórtico no está expuesto al sol cuando más calienta, y cuando sus rayos caen perpendicularmente sobre la bóveda. Todavía hay esta otra comodidad, que sus ventanas están arregladas por un estilo, que, cuando se necesita abrirlas, dejan siempre a los zéfiros libre paso para impedir que el aire demasiado encerrado no se corrompa.

» A la extremidad del pórtico y del jardín adjunto hay una habitación separada, que yo llamo mis verdaderas delicias: yo soy quien la he construido por entero. Hay en ella un salón hecho al modo de una estufa solar; por un lado tiene vista sobre el jardín, por otro sobre el mar, y por ambos recibe el sol con comodidad. Su entrada corresponde con un aposento inmediato, y una de sus ventanas cae sobre el pórtico. Por la parte del mar se ha construido una morada de buen gusto, donde puede ponerse fácilmente una cama con dos sillas, y por medio de una vidriera o una tienda, con abrir la una o con tirar la otra, se junta con el otro aposento o se separa, conforme se quiere. Los pies de la cama están vueltos hacia el mar, y la cabeza hacia las casas: por ambos se ven los costados de los bosques. Tres ventanas distintas presentan estas tres diferentes vistas, y todas a la vez las confunden. De allí se entra en un cuarto de descanso, en el cual jamás se oye ni voz de esclavos, ni murmullo del mar, ni estrépito de las olas, ni rayos de tempestad, ni tampoco entra la luz, si no se abren las ventanas. El motivo de este profundo sosiego está en que entre la pared del cuarto y la del jardín hay un aposento de hombres, que con su extensión sofoca cualquier murmullo que podría entrar. A este cuarto está pegada una estufa, cuya ventana muy angosta guarda o deja salir el calor según se necesite. Mas lejos

se hallan una antecámara y una cámara, en las cuales entra el sol así que sale, y también después de medio día de un modo oblicuo. Cuando yo me retiro en ellas, me creo estar a cien millas de mi casa. Es cosa que me gusta en toda época, y especialmente en la de las fiestas saturnales; allí gozo silencio y tranquilidad, al paso que toda la casa resuena de la algazara que permite a los domésticos la licencia de aquellas fiestas. Y de esta conformidad ni mis estudios perturban en nada los placeres de mi gente, ni sus placeres mis estudios.

» A tantas comodidades y tantas delicias solo falta un poco de agua corriente: en su lugar tenemos pozos, o mas bien fuentes, aunque no son muy profundas. El terreno es admirable; en cualquier punto que se cave, hay agua pura, clara y dulce, aunque cerca del mar. Las selvas de los alrededores dan grande abundancia de leña y mucha más de la que se desea. Ostia abastece copiosamente de todo lo demás que se necesita para vivir: el pueblo mismo puede bastar a las necesidades de un hombre frugal, y solo hay una quinta entre la mia y el pueblo. En él se hallan hasta tres casas de baños públicos. Por ahí puedes figurarte lo cómoda que es, ora llegues sin que se te aguardara, ora solo tengas la intención de quedarte poco en la quinta, y por lo mismo te falte tiempo para prepararte tú mismo los baños. Toda la ribera está adornada de quintas, unas contiguas, otras separadas, que por su diferente hermosura forman el más gracioso espectáculo del mundo, y al mismo tiempo ofrecen a tu vista más de una ciudad. Puedes igualmente disfrutar dicha vista, ya sea que vayas por tierra, ya sea que vayas por mar. El mar está a veces sosegado, pero las más veces revuelto. Se coge en él mucho pescado; sin embargo, no es de los más exquisitos; pero hay excelentes lenguados y muy buenas langostas. La tierra no dispensa sus dones con menos liberalidad. Sobre todo tenemos leche con abundancia en Laurentino, por retirarse allí muchos ganados, cuando el calor les saca de los pastos, y les obliga a buscar la sombra o el agua.

» ¿No te parece ahora que me asiste mucha razón, cuando tengo tanta afición a semejante retiro, cifro en él mis delicias, y me encierro mucho tiempo en él? Francamente tú tienes demasiado apego a la ciudad, si no te resuelves a venir a pasar unos cuantos días conmigo en un lugar tan deleitable. Podrías venir, y a tanta hermosura y tanta amenidad de mi quinta añadir además las de tu presencia. Pásalo bien.

Evidentes parecen semejantes descripciones, así que uno las lee; pero apenas se prepara uno, con el lápiz y el campas, a ponerlas en el papel, cuando ocurren mil dificultades. Quizá se han estudiado veinte sistemas diferentes para poner en planta una quinta como la de Plinio; el último de ellos lo dió el arquitecto francés L. P. Dandebourt: *Le Laurentin, mai-*

son de campagne de Plin le jeune restituée d'après la description de Plin; Paris, 1838. Puede hacer simetría con el *Palacio de Escúro*.

§ 82. JARDINES.

Los jardines servían de adorno a las casas y a los palacios; pero no podemos menos de recordar los famosos de las Hespérides y de Minos. Constituían su principal encanto los bosques-cillos, con templete, ninfeos, baños y urnas sepulcrales. Entre los Griegos los bosques sagrados inmediatos a los templos se cultivaban con especial esmero, y contenían plantas de adorno y odoríferas, frutos, viñas y olivos particulares. (SÓFOCLES, *Edipo*, Col. 16; JENOFONTE, *Retirada* v. 3, § 13.) En Atenas se cultivaban mucho las flores, en razón al frecuente uso que se hacía de las guirnalda. Los Tolomeos dedicaron también un especial cuidado a los jardines en Egipto, y obtenían flores todo el año. Los de Mecénas eran muy grandiosos, y quizá para los de Lúculo cerca de Nápoles servían la Piscina admirable de Miseno, y la gruta que hoy se está abriendo de nuevo en el promontorio de Coroglio, de cerca de 3.200 palmas napolitanas de longitud, y más alta y ancha que la de Posilipo. En los últimos tiempos se adornaban de tal manera que llegó a decirse *hortos ædificare*: el arte consistía en proporcionar sombras y variar la exposición, entrelazar laberintos, distribuir aguas, y en dar a las plantas y los céspedes, especialmente de hojaranzo y de boj, figuras de animales o de letras (*ars topiaria*). El de Plinio era un emparrado *in O litteræ similitudinem circumactæ*, y se atribuía su invención a Cayo Matio, caballero romano, familiar de Augusto.

Estaban unidos a los jardines la *gestatio*, calle de árboles propia para pasearse conversando, y el *hippodromus*, donde se verificaban las carreras de caballos. Se encuentran indicios de los tepidarios en la época del Imperio, donde corrientes de agua caliente mantenían una temperatura tal que, a pesar del invierno, brotaban allí lirios blancos y rojos, las violetas de Túsculo, las vides, los melones y los árboles frutales. Se cultivaban también plantas bulbosas, el azafrán, el narciso, el jacinto y las irídeas. A veces se añadían pajareras; Alejandro Severo tuvo una que contenía veinte mil palomas, y además faisanes, perdices y otras aves silvestres.

Los *paraísos* tan decantados de Babilonia, cuyo uso se extendió después al Asia Menor por los sátrapas persas, se parecían a nuestros parques.

Las *piscinas*, con cuyo nombre se indican nuestras cisternas, expresan más especialmente las destinadas a conservar los peces vivos. Se hicieron en ellas enormes gastos, y Lúculo abrió grandes canales para conducir, hasta atravesando un monte, el agua del mar a la piscina de su mencionada quinta.